

Rosa Ribas

LOS BUENOS HIJOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ROSA RIBAS
LOS BUENOS HIJOS

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: abril de 2021

© Rosa Ribas, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-945-7
Depósito legal: B. 4.009-2021
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Primera parte	21
Segunda parte	155
Tercera parte	265
Epílogo	361
<i>Agradecimientos</i>	363

Nora salió algo mareada del entierro. Al olor espeso y ligeramente putrefacto de las flores se le había sumado un incienso demasiado oriental, más acorde con lámparas de sal del Himalaya y figuritas de la diosa Shiva que con las escenas bíblicas de los murales de la iglesia. A media ceremonia estuvo a punto de marcharse, pero habría llamado demasiado la atención y habría dado pie a habladurías, a más de las que ya había sobre ellas en el barrio.

Antes del entierro, su madre y ella se habían encontrado en la plaza Orfila con la abuela Carmen y habían entrado las tres por la puerta principal. Su madre nunca lo haría por la lateral. Llegaban con tiempo para ocupar un lugar estratégico, el extremo de un banco en mitad de la enorme nave de la iglesia de Sant Andreu de Palomar. Desde allí se podía ver perfectamente a los ocupantes de los primeros bancos y antes, durante y al final de la ceremonia, echar una ojeada a todos los demás sin tener que castigar las cervicales.

Delante, junto a la familia de Damià, estaban los otros tres viejos del Versalles con sus mujeres y la expresión de indefensión, de terror latente de los hombres de su generación, ante la posibilidad de enviudar. En los bancos del final, los asistentes de compromiso, algunos incluso de pie. En ese entierro, su madre no era la única que pasaba lista. Mientras ella,

a su izquierda, hacía inventario, muchos las miraban con curiosidad. Algunos, que parecían creer que los susurros llegaban en un sobre cerrado a su destinatario, comentaban su presencia:

—Mira, ahí está Lola, la del indiano, con la suegra y la hija.

—¿Cuál?

—La mayor, la que enviudó y se marchó de viaje por ahí.

—¡Pobrecita! ¡Tan joven!

—Se ve desmejorada.

—¿Cómo estarías tú?

—¡Cómo se parece a la Lola! Esperemos que solo en el físico.

—Parece normal.

—¡Hombre! Normal, normal..., no sé. Eso del viaje es raro.

—¿Tú crees?

—A ver, se te muere el marido y tú ¿qué haces? ¿Te vas a ver mundo?

La otra no tuvo tiempo de responder, empezaba la música y, con ella, volvía a los oídos de Nora algo que formaba parte de la banda sonora del barrio, los cantos desaforados de las tres hermanas Salabert desde el segundo banco. Por unos segundos quedó atrapada entre la emoción blanda como una magdalena proustiana, de estar de vuelta en el barrio, y unas incontenibles ganas de reír, provocadas por las notas graves de la melodía. No porque desafinaran menos en las agudas, sino porque alcanzaban profundidades que hacían temer que un demonio eslavo hubiera tomado posesión de esas gargantas resacas. El roce con el cuerpo de la abuela, que se tomaba muy en serio estos actos, la ayudó a reprimirse.

Aguantó, pues, la risa, el mareo, las ganas de enfrentarse a las personas que hablaban a su espalda, las miradas, y final-

mente salieron otra vez a la calle, el momento favorito de su madre. Delante de la puerta la acera era muy estrecha, lo que no permitía grandes corrillos, de modo que se desplazaron, ahora sí, a la callejuela lateral. Allí se reunían los que no pensaban ir al cementerio. La abuela se alejó unos metros para charlar con unas vecinas. Su madre se quedó parada en un punto visible. Firme, con las manos juntas en el regazo, esperaba a que la gente se acercara a ella.

—Ya has vuelto —abordó a Nora Miquel, el dueño de una agencia de viajes en la calle Malats y que en realidad ya la había visto pasar en más de una ocasión camino del metro, de modo que la pregunta real era: «¿Dónde has estado y por qué no me compraste a mí el viaje?».

—Sí.

Las preguntas no formuladas tienen la gran ventaja de que no hay que responderlas.

—Me alegro.

—¿Qué tal por América? —le preguntó una mujer que tenía un puesto de verduras en el mercado.

—Bien, bien.

Se unieron un par de personas más.

—Yo hice la ruta 66 en moto cuando era joven, empecé en...

—La costa este es mucho más que Nueva York. Nosotros, por ejemplo, estuvimos en...

—Ahí también estuviste, ¿verdad? —dijo su madre—. Unas fotos preciosas.

¿Por qué estaba haciendo eso? ¿Por qué les daba carnaza? Y ella tenía que seguirle el juego, no podía pararla porque la abuela había vuelto a su lado y escuchaba con atención lo que se contaba.

—¡Ah! ¡Los parques nacionales! Yellowstone —dijo la de la parada de verduras—. Irías a Yellowstone, ¿no?

—¿Es el de los árboles gigantes? —preguntó la abuela.

—Sí —contestó ella débilmente.

—Pues sí, allí sí que estuvo —dijo la abuela.

—Y hasta vio un *grizzly* —añadió su madre.

Exclamaciones de admiración.

Pero ¿por qué hacía eso? ¿Por qué jugaba así con fuego? En cualquier momento podían contradecirse y levantar sospechas sobre ese supuesto viaje.

—Norita, eso no me lo habías contado —dijo la abuela.

Mientras, ella se acordaba absurdamente del oso Yogui y de su compañero Bubu, en un parque tan imaginario como aquel en el que se suponía que había estado ella sin teléfono, sin comunicación alguna, cuando murió el abuelo y no pudo asistir, por tanto, al entierro.

El dueño de una farmacia en la calle Arbúcies se unió al corrillo.

—Uno de mis sueños, visitar los parques nacionales en Estados Unidos y ver secuoyas. Lo del *grizzly* sería la guinda.

Su madre la miraba con orgullo, como si no solo hubiera visto al oso, sino que le hubiera dado un abrazo. Tal vez, mientras contaba todas esas historias, incluso se las creía.

—Vámonos, mamá. —Estaba fatigada por las preguntas y la tensión de mantener la coherencia.

Se despidieron de los diferentes grupitos, con tanta prolijidad en saludos, frases hechas y buenos deseos que la pusieron al límite de su resistencia. Solo deseaba huir de allí.

Cuando creía que por fin podían marcharse a casa, les interceptó el paso un animal negro con seis piernas, tres cabezas y solo dos brazos visibles. También seis ojillos córvidos que no acababan de decidir a cuál de ellas abordar. Nora se cogió del brazo de la abuela a la derecha y del de su madre a la izquierda. Las tres cabezas canosas saludaron, las tres cabezas sonrieron y la del centro, la mayor de las Salabert, fue la que habló con rostro compungido.

—¡Qué duro enviudar después de toda la vida juntos! ¿O es peor cuando pasa al principio?

Nora notó al costado la tensión en el cuerpo de la abuela, ella misma se quedó paralizada ante la maldad de la pregunta. Por suerte, eso no era algo que arredrara a su madre, quien chasqueó la lengua con desprecio antes de responder:

—Lo peor es haber pasado la vida sin haber catado hombre, como mucho, algún cirio. Pero os aseguro, queridas, que no es lo mismo.

¿De verdad les había dicho lo que acababa de decir? La abuela parecía incluso asustada. Su madre tiró de ambas y cruzaron la calle sin volverse a mirarlas.

—Dios no existe, es evidente —dijo su madre—. Si existiera, la cúpula de la iglesia se les habría caído encima y habría hecho puré de urraca mientras cantaban. Dicen que está dañada por las obras del metro, pero han sido las voces de estas tres que...

Después, su madre empezó a repasar el entierro sin que le importase que sus supuestas interlocutoras no abrieran la boca. Llegaron a casa.

Olía a comida.

Su madre se dirigió a la cocina, con ganas de contárselo todo a su padre. La abuela retuvo a Nora en el pasillo.

—¿Qué pasa?

—No puedo parar de pensar en lo que ha dicho esa bruja.

—Déjalo, abuela. ¿Qué más da?

—Es que no sé qué es peor, Norita —le decía en voz baja, a pesar de que estaban solas—, perder al marido tan pronto, sin oportunidad de vivirlo, o perderlo después de toda una vida juntos.

—No lo sé, abuela. Yo solo puedo hablar de lo mío.

Suyo, inefable, inagotable, porque el dolor seguía allí, apenas aminorado por el tiempo. Más bien al contrario, la perse-

guía el recuerdo de las últimas palabras que había intercambiado con Manel antes de que tuviera el accidente con la moto.

Fueron a la cocina. Su padre había preparado arroz con gambas y calamares. Se había esmerado en el sofrito y había procurado que hubiera suficiente *socarrat* para ella y para Marc. Lo sirvió con un esfuerzo enternecedor por ser ecuánime. Mientras raspaba el fondo de la cazuela, no lo hacía para sus hijos treintañeros, sino para los niños; para que Marc no se quejara «siempre le pones más a ella», para que su abuela no le robara una cucharada de arroz apelmazado y oscuro y se lo pusiera en el plato al nieto quejoso.

Su madre, sentada a su izquierda, empezó a pasar lista de las presencias y ausencias, pocas estas últimas, en el entierro. La luz que entraba por el ventanal que daba al jardín oscurecía las arrugas que rodeaban sus ojos, como los cilios de los paramecios. Protozoos de aguas estancadas.

—Y el viudo, Damià, está muy afectado —dijo a modo de conclusión.

—Mucho, mucho —le hacía los coros la abuela. Sin rencor, aunque no soportaba a ninguno de esos cuatro viejos malcarados del Versailles.

Su padre escuchaba atento los relatos que acompañaban a cada nombre por si asomaba alguna información nueva que valiera la pena guardar en ese almacén de traperos que parecía ser su memoria.

—Los otros tres, Serafí, Miquel y... —A Nora le faltaba un nombre.

—Antoni —completó su madre.

—Eso. Los otros tres miraban el ataúd y miraban a sus mujeres, como si se preguntasen cuál sería la próxima.

—Cuando lo normal es que se mueran antes los hombres.

—Lola, por favor. —Su padre señaló a la abuela con la mirada, quien no pareció darse por aludida, estaba repartiend-

do las últimas cucharadas de arroz en los platos y miraba con tristeza el plato de Nora, todavía lleno.

—¿Qué pasa? —replicó su madre—. Es un dato estadístico.

Nora intercambió una mirada cómplice con Marc, cuyos ojos le parecieron sospechosamente turbios.

Su abuela le hizo un gesto con la mano señalando el plato, «venga, come un poquito más». Si hubieran estado solas, quizás le habría hecho el avioncito. Se tomó otro tenedor de arroz y después apartó la vista para que no la instara a repetir.

Su madre estaba hablando de las tres hermanas Salabert.

—Son parte fija del elenco de los entierros.

—Como tú —bromeó su padre.

—Yo voy solo a mirar.

—Como todos los demás —dijo Marc.

Con ese comentario, su hermano pasó a ser el centro de atención de la comida.

—¿Os acordáis de cuando me lo llevé de pequeño al entierro de no me acuerdo quién? —empezó su madre.

—No, esa historia no. —Marc puso los ojos en blanco.

Nora lo agradecía. El relato de sus neurosis infantiles formaba parte del folclore familiar. Anécdotas del pasado que desviaban el foco de ella. Las preguntas sobre su ausencia, incluso cuando no se formulaban, estaban tan presentes que casi habían adquirido una presencia física. Solo Amalia sabía y callaba. Podía contar con su lealtad; su hermana era la única de la familia capaz de mantener la palabra.

—Entramos en la iglesia y Marc se quedó pegado a la pared y llegó hasta el banco raspando el jersey nuevo contra los muros.

De pequeño, a Marc le daba vergüenza que la gente lo mirara por detrás. Se preguntaba qué estarían viendo y le angus-

tiaba esa parte de su imagen que no podía controlar. ¿Cómo era la parte de atrás de la cabeza? ¿Cómo se movía su culo? ¿Cómo andaba?

Una vez, recordó su madre, lo había sorprendido entre dos espejos enfrentados, con expresión inquisitiva, iba de un lado a otro y observaba su espalda, su manera de andar, la posición del cuello, el pelo que le caía sobre la nuca.

—Y todos nos preguntábamos: ¿cómo lo habrá hecho Marc? ¿Cómo habrá transportado el pesado espejo del recibidor hasta nuestro dormitorio para ponerlo frente al espejo de cuerpo entero del armario?

«Así», les había respondido el Marc de ocho años haciendo con las manos el gesto de descolgar el pesado espejo y caminando como un Frankenstein de pelo rizado con los brazos extendidos para cargarlo.

El Marc de veinte años después se levantó y recorrió el espacio entre la mesa y la puerta de la cocina repitiendo esos movimientos, acompañado de las risas de los demás, que no parecían advertir que parte de la torpeza no estaba en el guion de la pantomima. Se sentó en su lugar y fue mirándolos sonriente uno a uno para recibir el aplauso final. Ella también aplaudía, pero su hermano, siempre tan sensible a las reacciones de los otros, notó que lo había descubierto. Dejó de sonreír durante el segundo en que sus miradas se encontraron. La expresión de felicidad reapareció cuando la abuela le cogió la cabeza con ambas manos, de esa forma como solo saben hacerlo las abuelas, y le dio un sonoro beso en la frente.